



THE
MENTORING
PROJECT

TERMINAR BIEN LA CARRERA: FIDELIDAD HASTA EL FINAL



AUTOR: DR. RICHARD PERHAI
EDITOR: DR. LARRY OATS

GUÍA DE CAMPO

**TERMINAR BIEN
LA CARRERA:
FIDELIDAD HASTA
EL FINAL**



**AUTOR: DR. RICHARD PERHAI
EDITOR: DR. LARRY OATS**

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN: EL PELIGRO DE LA ÚLTIMA VUELTA	4
PARTE 1: LA FORTALEZA ESPIRITUAL DE LA RESISTENCIA	8
PARTE 2: LAS ESPINAS DEL TRAMO FINAL	14
PARTE 3: LA MENTALIDAD DE CALEB	17
PARTE 4: ENFRENTAR EL ENEMIGO FINAL	22
PARTE 5: LA VISTA DESDE LA META	25
CONCLUSIÓN: LA MANO TENDIDA.....	27



INTRODUCCIÓN: EL PELIGRO DE LA ÚLTIMA VUELTA

Howard era exactamente el tipo de hombre que querrías tener a tu lado. Durante cincuenta años, había sido diácono, un esposo dedicado y un pilar de estabilidad en su comunidad local. Había pasado por recesiones, criado hijos que caminaban con Dios y formado parte de innumerables comités. Sin embargo, cuando llegó a los sesenta y tantos, algo cambió. No fue un gran escándalo ni una renuncia repentina a la fe. Simplemente, Howard dejó de «esforzarse».

No perdió su convicción; se acomodó en una jubilación aislada y egocéntrica. El fuego que lo había impulsado a servir durante cinco décadas fue reemplazado por una obsesión con su hándicap en el golf y el mantenimiento meticuloso de su césped. Dejó de ejercer como mentor de los jóvenes que tanto lo admiraban. Dejó de interceder por los necesitados de su comunidad. Comenzó a vivir exclusivamente para su propia comodidad. Howard no se vio envuelto en un escándalo público, sino que se sumió en un coma espiritual muy cómodo, olvidándose de cómo terminar bien la carrera.

Este es el peligro que oculta la recta final. A menudo, asumimos que, si superamos las pruebas de la mediana edad con nuestra integridad intacta, el resto del camino será un suave deslizamiento hacia la presencia de Dios. Sin embargo, la última parte de la vida

GUÍA DE CAMPO

puede ser el terreno más complicado de todos. Es allí donde el cansancio del viaje se encuentra con el susurro seductor de la silla mecedora que nos tienta a creer que ya «hicimos nuestra parte» y que podemos pasarnos el resto de nuestros días en un estado de aislamiento autoindulgente.

La tentación de avanzar sin esfuerzo

En cualquier carrera larga, el último diez por ciento del recorrido es, sin dudas, el tramo más difícil. Tus músculos gritan, tus pulmones arden y tu mente busca excusas para bajar el ritmo. No obstante, en la vida espiritual, el último tramo no viene solo con cansancio físico, sino también con la ilusión de seguridad. Miramos hacia atrás y vemos los kilómetros que ya recorrimos y los obstáculos que superamos, y comenzamos a creer que ya ganamos la carrera. Dejamos de esforzarnos.

El problema es que, cuando dejas de esforzarte, solo puedes correr cuesta abajo. La inercia espiritual es una fuerza poderosa. En cuanto dejas de esforzarte, no te quedas en el mismo lugar: pierdes terreno. La «tentación de avanzar sin esfuerzo» sugiere que la jubilación representa unas vacaciones de la vocación: que, ya que no estás ganando un salario, ya no es necesario que cumplas con un llamado.

Vemos este patrón repetirse en la historia y en las Escrituras. Muchos líderes comienzan con un rugido, pero terminan con un gemido. Sobreviven a las persecuciones de su juventud solo para ser vencidos por la prosperidad de su vejez. El último diez por ciento de la carrera es el más difícil porque requiere un tipo de fortaleza diferente: la fuerza para mantenerse alerta cuando el mundo te dice que es hora de dormir.

La definición de «terminar bien la carrera»

Nuestra cultura está obsesionada con «la largada». Celebramos con emoción a los nuevos creyentes y la energía de los líderes jóvenes. Sin embargo, en la economía del cielo, el enfoque se centra casi por completo en la «llegada». Terminar bien la carrera tiene poco que ver con cómo la comenzaste o con los errores que cometiste en el camino. Se trata por completo de la actitud de tu corazón cuando cruzas la línea de llegada.

Piensa en el contraste entre el rey Saúl y el apóstol Pablo. Saúl comenzó con humildad y favor divino, pero terminó su vida en una

GUÍA DE CAMPO

cueva de desesperación y desobediencia. Pablo comenzó siendo un violento perseguidor de la iglesia, pero aun así terminó su vida diciendo: «He peleado la buena batalla, he terminado la carrera, me he mantenido en la fe» (2 Tm 4:7).

Terminar bien la carrera significa que tu apetito por Dios está en aumento, aun cuando tu fuerza física se deteriore. Quiere decir que tu «sí» al Señor es más fuerte a los setenta años que a los diecisiete. Es posible haber tenido un comienzo dificultoso, complicado y hasta fallido, y aun así cruzar la meta con un corazón completamente entregado y vivo. La «auditoría final» no es un repaso de tus mejores momentos; es un vistazo a tu postura actual. ¿Sigues corriendo, o te retiraste a un costado del camino para mirar pasar al resto del mundo?

Fidelidad hasta el final: retiro versus resistencia

El concepto moderno de «retiro» o jubilación es, en gran parte, un invento secular. Es la idea de que, a determinada edad, una persona se «retira» de un servicio activo para llevar adelante una vida de ocio. Si bien existe un momento legítimo para dejar de trabajar, no hay ningún precedente bíblico que indique que haya que retirarse de la misión de Dios.

En el Reino, la palabra clave no es «retiro», sino resistencia. Los autores del Nuevo Testamento están obsesionados con la idea del *hupomonē*: una perseverancia persistente y determinada que se mantiene bajo presión. Somos llamados a mantenernos firmes hasta el final (Mt 24:13) y terminar la carrera. Esto no significa que tengas que mantener el mismo ritmo que cuando tenías treinta años, pero sí el mismo propósito y la misma orientación. Es un camino largo de obediencia en la misma dirección.

El retiro te dice que ya hiciste suficiente. La resistencia te dice que, siempre y cuando tengas vida, tienes una misión. Puede que ya no seas el director general de una compañía, pero sigues siendo mayordomo del evangelio. Puede que ya no seas el proveedor principal de tu hogar, pero sigues siendo sacerdote del Reino.

La fidelidad hasta el final de la vida es la prueba definitiva de aquello en lo que realmente crees. Si dejas de «esforzarte», como Howard, estarás diciéndole al mundo que tu servicio era un trabajo, no un llamado. Sin embargo, si sigues orando, siendo mentor e invirtiendo en la próxima generación incluso cuando tu

GUÍA DE CAMPO

cuerpo comienza a debilitarse, estás demostrando que el Señor vale más que tu propia comodidad. La última vuelta no es el punto en el que dejar la carrera; es el punto en el que debes recuperar el aliento, sabiendo que la «nube de testigos» está allí para ver cómo un santo cruza la línea de llegada.

1

LA FORTALEZA ESPIRITUAL DE LA RESISTENCIA

Por qué es importante para Dios que sigamos adelante

Hay una gran diferencia entre finalizar un camino y terminar bien la carrera. Todos conocemos gente que llegó a los últimos capítulos de sus vidas por el simple paso del tiempo. Envejecieron, se jubilaron y ocuparon espacio, pero dejaron de obrar mucho antes de que su vida finalizara. Por el contrario, la teología del Reino presenta la visión de una vida que cobra impulso a medida que se acerca a la meta. Es la idea de que el alma debería estar en su punto más vibrante justo cuando el cuerpo está más débil. A eso se refiere Pablo cuando dice: «[A]unque por fuera nos vamos desgastando, por dentro nos vamos renovando día tras día. Pues los sufrimientos ligeros y efímeros que ahora padecemos producen una gloria eterna que vale muchísimo más que todo sufrimiento» (2 Co 4:16-17).

¿Por qué la resistencia es tan importante para Dios? ¿Por qué no basta solo con comenzar bien y sobrevivir a la parte intermedia de la carrera? Es porque la última parte es la que revela la verdadera naturaleza de nuestra fe. Es allí donde demostramos que no solo estábamos corriendo por los beneficios sociales, la estabilidad familiar o el respeto profesional que suele acompañar a una «vida cristiana». En la última vuelta, esas cosas suelen desvanecerse, dejando solo al corredor ante el Salvador. Por lo tanto, terminar bien la vida es importante porque revela que no estábamos corriendo solo con nuestras propias fuerzas. Seguir adelante es declarar que el Premio vale más que el cansancio del camino.

La nube de testigos: no corremos solos

En Hebreos 12:1-2, el autor describe una de las imágenes más vívidas de todo el Nuevo Testamento. Nos invita a imaginar un estadio celestial enorme. Es una imagen, por supuesto, pero tiene un significado real: sus vidas dan testimonio de que Dios termina lo que comienza. De forma similar, en los Juegos Olímpicos actuales, la maratón se corre por fuera del estadio, pero termina dentro. Nosotros también estamos en la pista, con las piernas cansadas y sin aliento, pero al mirar a las gradas vemos una «nube grande de testigos».

«Por tanto, también nosotros, que estamos rodeados de una nube tan grande de testigos, despojémonos de todo peso y del pecado que nos asedia y corramos con perseverancia la carrera que tenemos por delante» (Hb 12:1).

Un error común es pensar en estos «testigos» como meros espectadores, como los hinchas en un partido de fútbol mirando un deporte que nunca jugaron. En griego, la palabra es *martyrion*, término del que obtenemos la palabra «mártir». No son simples observadores; son un testimonio vivo. Testigos vivos. Son los veteranos que ya corrieron la carrera en la que te encuentras ahora. Son Abraham, Sara, Moisés, Elías, Jeremías y David: personas que enfrentaron la misma tentación de abandonar, los mismos desfallecimientos y el mismo deterioro físico cuando servían a Dios en su vejez.

Están siendo testigos del hecho de que Dios es fiel hasta el final. Su presencia en las gradas es un testimonio de que la línea de llegada es real y la Recompensa es segura. Cuando sientas que te estás aislando en un retiro cómodo y egocéntrico, la nube de testigos se erige como una reprimenda silenciosa y un aliento clamoroso, mostrándote cómo terminar bien la carrera. Es como si sus vidas gritaran: «¡Vale la pena! ¡No te rindas ahora! ¡Nosotros lo logramos y, por gracia de Dios, tú también lo harás!».

Recuerdo que en mi primer año de secundaria estaba corriendo una carrera de larga distancia en la parte trasera de la pista, donde no había gradas. Un chico del último año, a quien en verdad respetaba, notó que me costaba respirar y jadeaba. Dijo: «¡Puedes hacerlo! ¡Sigue así!». Y ¿sabes qué? Lo hice. Aceleré el paso. ¿Cuánto más te puede animar esta gran nube de testigos?

GUÍA DE CAMPO

Para resistir, se nos llama a despojarnos «de todo peso». Para un adulto mayor, este peso es distinto al que llevaba en su juventud. No siempre hay pecados «obvios». A veces, el peso es un manto de arrepentimiento por los errores del pasado. A veces, es el rencor de una vida que no fue exactamente como esperábamos. Otras, es el peso de la nostalgia —el hábito de mirar hacia el pasado con tanta frecuencia que dejas de ver el camino frente a ti—. También puede ser la mentira de que ya hiciste tu parte y que ahora es momento de que otra persona asuma tus responsabilidades. La resistencia requiere que te despojes por completo de cualquier cosa que impida que envejecas con Dios y que te aferres por completo a la búsqueda de Cristo en tus últimos años.

El objetivo de recibir un «bien hecho»: honrar al Salvador

Si la nube de testigos nos brinda la perspectiva, el objetivo de escuchar «bien hecho» nos proporciona la razón. A menudo citamos la frase: «Bien hecho, siervo bueno y fiel», pero rara vez nos detenemos a analizar la teología detrás. ¿Por qué es nuestra ambición principal?

Es de suma importancia aclarar que terminar bien la carrera no es un esfuerzo de último momento por ganarse la salvación. No corremos la última vuelta con más intensidad porque tenemos miedo de no haber hecho lo suficiente para prepararnos para el Cielo. Esta sería una teología de las obras, un sendero que solo nos conduciría a la desesperación. La salvación es un regalo que recibimos al inicio de la carrera, no un trofeo que nos ganamos al final.

En cambio, nuestro motivo para resistir es honrar a Dios. Queremos terminar bien la carrera porque queremos que nuestras vidas sean un testimonio coherente y hermoso de Aquel que nos salvó. Es un reconocimiento a la promesa de que Él comenzó una buena obra en ti y la perfeccionará.

Piensa en una obra de arte. Si el artista le dedica meses a la pintura, pero deja la última esquina sin pintar o desprolija, toda la obra se ve afectada. El toque final es lo que le da al resto de la pieza su integridad. De la misma manera, una vida que concluye de forma egocéntrica sugiere que el evangelio fue una etapa temporal de la vida y no una realidad eterna.

GUÍA DE CAMPO

De forma simple y clara: el amor es la razón. Resistimos porque queremos honrar el nombre del Señor a través de la forma en la que vivimos y en la que llegamos al final. Resistimos porque tenemos la vista puesta en Jesús, el autor y perfeccionador de nuestra fe. Observamos a Aquel que nos ama. También hay integridad en esto: el final de una historia debe corresponderse con el inicio, para que tus hijos y tus nietos puedan ver que Cristo es suficiente en el cuarto de hospital, asegurando un final de la vida en paz, de la misma manera en que Él era suficiente en la sala de juntas. Hay una alegría muy profunda que solo puedes sentir al final, cuando ves que la promesa se mantuvo y la obra finalmente está completa.

Cuando oímos «bien hecho» no se trata de la cantidad de trabajo que hiciste, sino de la fidelidad de tu corazón. Dios no está buscando un adulto mayor que pueda administrar a un grupo de jóvenes o inaugurar tres iglesias. Quiere un alma que se mantenga comprometida con Él con determinación y alegría, incluso cuando la «utilidad» externa ya no exista. Terminar bien la carrera es decir: «Señor, cada aliento que me queda es todo tuyo».

El último testimonio de Pablo: la anatomía de una conciencia tranquila

Puede que el mayor ejemplo de terminar bien la carrera en la historia de la humanidad se encuentre en una celda fría y húmeda en la cárcel Mamertina en Roma. El apóstol Pablo era un hombre anciano. Su cuerpo estaba lleno de cicatrices de lapidaciones y naufragios. La mayoría de sus amigos lo habían abandonado. Sabía que la espada del verdugo romano lo atravesaría en cuestión de días. En este contexto, le escribe una última carta a su protegido, Timoteo.

«He peleado la buena batalla, he terminado la carrera, me he mantenido en la fe» (2 Tm 4:7).

Esas no son las palabras de un hombre que abandonó la carrera. Son las palabras de alguien que dedicó cada segundo de su vida a su llamado. Analicemos las tres metáforas que usa Pablo, ya que estas nos brindan el ejemplo a seguir para nuestra propia resistencia.

«**He peleado la buena batalla**»: aquí, el término para «batalla» es *agónia*, del que surge la palabra «agonía». Se

GUÍA DE CAMPO

refiere a una competencia atlética o una lucha. Pablo está diciendo que la vida cristiana es un combate contra la fuerza de gravedad de un mundo caído. Para terminar bien, debes seguir luchando. Tienes que combatir la tentación de ser cínico o egocéntrico y la mentira de que no tienes nada más que ofrecer.

«He terminado la carrera»: observa que no dice: «Gané la carrera». Dice que la terminó. El objetivo no es ser el más rápido o el más famoso; es completar el recorrido específico que Dios preparó para ti. Pablo se mantuvo en la pista, en su carril. No se rindió cuando el camino se puso empinado ni se retiró cuando se sintió solo.

«Me he mantenido en la fe»: esta es la parte más importante. «Mantener» la fe quiere decir guardarla como un tesoro. Es una expresión de adoración diaria. Pablo está diciendo que, a pesar de todos los golpes, las traiciones y los años de espera, nunca se olvidó de la verdad fundamental del evangelio. No dejó que las circunstancias dictaran su teología.

Decir estas palabras con una conciencia tranquila no significa que hayas vivido una vida perfecta. Desde luego, Pablo no lo hizo. Llevaba consigo el recuerdo de su pasado como perseguidor. Sin embargo, significa que viviste con determinación. Significa que cuando tambaleaste, volviste a ponerte de pie. Cuando te sentiste desanimado, miraste la Cruz. Cuando te viste tentado a conformarte con un retiro «cómodo», recordaste el Premio y le preguntaste al Señor: «¿Qué sigue?».

La belleza de la determinación

La resistencia no es una virtud «silenciosa». Es la negativa firme, tenaz y a menudo obstinada a dejar que el mundo defina tus últimos años. Es un acto de rebeldía espiritual. Cuando la cultura te dice que te relajes, decides acudir al trono de gracia. Cuando el mundo te dice que «tu momento ya pasó», te das cuenta de que estás entrando a la mejor etapa de tu influencia eterna.

Este llamado a resistir nos recuerda que Dios observa el final de la carrera aún con más intensidad que la largada. Está alentándote. Te brindó un estadio lleno de veteranos que te animan. Te

GUÍA DE CAMPO

prometió una recompensa que hará que las pruebas del camino se vean como un recuerdo lejano.

No seas como Howard. No dejes que tu historia termine con un gemido de autopreservación. Mira la nube de testigos, fija tus ojos en el «bien hecho» y en Aquel que lo dice. Luego, da el siguiente paso. No solo estás envejeciendo: te estás acercando. La llegada es la parte más gloriosa de todo el camino. Tu trayectoria es importante. No estoy hablando de tu salvación, sino de tu testimonio y de tu capacidad de continuar resistiendo un paso a la vez.

2

LAS ESPINAS DEL TRAMO FINAL

Identificar los enemigos de la resistencia

El tramo final de una maratón es brutal porque la adrenalina desaparece y la fatiga se siente al máximo. Espiritualmente, la recta final de la vida puede sentirse igual. Puedes ver la meta, pero el camino se dificulta a causa de pequeñas espinas que se nos adhieren; no los pecados escandalosos de la juventud, sino las trampas del corazón silenciosas y sigilosas que nos susurran: «Baja el ritmo. Detente. Deja de intentarlo». Si queremos oír el «bien hecho» del Maestro, tenemos que llamar a estos enemigos por su nombre. Verlos con claridad es el primer paso hacia una llegada enérgica, no decadente.

El ídolo del ocio: la seducción de dejar de esforzarnos

Nuestra cultura trata a las últimas décadas como unas vacaciones sagradas: cero responsabilidades, máxima comodidad. Sin embargo, para un seguidor de Cristo, ese sueño puede convertirse en un campo minado espiritual. Cuando el ocio se convierte en un ídolo, dejamos de esforzarnos, y un corazón que deja de avanzar hacia Dios no permanece neutral: se debilita. Vivir para uno mismo encoge el alma. El mundo se vuelve más pequeño, la ansiedad se vuelve más fuerte, y aparece la mentira que nos dice: «Ahora te mereces ser servido». Esa mentira produce una vida muy pequeña y solitaria. La cura es pensar en la jubilación como un cambio de asignación. Puede que tu ritmo cambie, pero tu llamado no. El descanso verdadero se encuentra en la presencia de Dios (tanto aquí y ahora como en su Reino), no en la ausencia de propósito.

La raíz del rencor: proteger la sensibilidad del corazón

Si el ocio es una distracción externa, el rencor es un veneno interno. Con los años, acumulamos heridas reales: oraciones sin respuesta, traiciones, decepciones y pérdidas. Si no los tratamos, estos dolores pueden convertirse en resentimiento, endureciendo el corazón y haciendo que no pueda funcionar con alegría. El rencor suele disfrazarse de «dureza justificada», un cinismo que lleva registro de las injusticias y se retrae cuando el mundo no retribuye los sacrificios del pasado. Terminar bien la carrera es luchar por la sensibilidad. Eso implica lamentarse con honestidad ante Dios, dejar ir el rencor, perdonar a las personas que te fallaron e incluso aceptar que no tuviste la vida que deseabas. Es exhalar el dolor ante Dios e inhalar su gracia en oración. Se trata de recordar cada día que nuestras fuerzas están en la alegría del Señor. El objetivo es vivir una gracia madura: un sufrimiento que intensifique la dulzura, no la dureza.

El miedo a la irrelevancia: combatir la mentira de la utilidad

Otra espina es el miedo a dejar de ser importante. Nuestro mundo mide el valor de acuerdo con la producción —dinero, influencia o productividad—, de modo que cuando tus «actos» disminuyen, la cultura dice que tu valor también lo hace. Sin embargo, en Cristo, el valor no es algo que nos ganamos, sino algo que recibimos en nuestra adopción. En el Reino, algunas de tus obras más importantes comienzan cuando tu actividad visible se ralentiza. Los adultos mayores se convierten en el alma de la iglesia mediante su presencia firme, su intercesión profunda, su sabiduría sin prisa y su carácter maduro. Este es el «ministerio del ser»: permanecer fieles cuando nuestro cuerpo se deteriora como prueba de que Dios es suficiente. Los creyentes más jóvenes observan esto con atención. Tu relevancia no reside en tu nivel de actividad, sino en tu cercanía a Dios.

La elección de la última vuelta

El ocio, el rencor y la irrelevancia hacen lo mismo: llevan tu atención hacia adentro, hacia la comodidad, las heridas y la autoevaluación. El evangelio te llama a mirar hacia afuera y hacia arriba. Persistimos al fijar nuestra mirada en el Premio, negándonos a dejar que la comodidad temporal o los agravios del pasado nos roben la última vuelta. Terminar bien la carrera significa elegir que tu historia no termine en la autopreservación.

GUÍA DE CAMPO

Quítate las espinas, mira al Salvador y da el siguiente paso. Y luego el siguiente. Uno tras otro. El final de la carrera puede ser la parte más hermosa, aquella en la que la fe cansada se encuentra con la cálida bienvenida del Rey.

3

LA MENTALIDAD DE CALEB

Fortaleza que aumenta con la edad

En el mundo natural, envejecer es sinónimo de debilitarse. Esperamos que el fuego de la ambición se enfríe y que el hambre de conquista sea reemplazada por el deseo de conveniencia. Nuestra cultura refuerza esto sugiriendo (y, a veces, asumiendo o incluso esperando) que, una vez que una persona alcanza cierta edad, debe retirarse de la «primera línea» y refugiarse en una existencia silenciosa y libre de riesgos. Sin embargo, lo que la Biblia dice sobre el envejecimiento presenta un arquetipo sorprendentemente diferente en la persona de Caleb. Él nos presenta una realidad en la que la vitalidad espiritual no solo se mantiene, sino que se intensifica con el pasar de las décadas. Esta es la «mentalidad de Caleb»: una negativa determinada a dejar que el calendario dicte el tamaño de tu misión.

Esta mentalidad se basa en la convicción de que, siempre y cuando Dios te dé vida, te dará un propósito. Es centrarse en buscar una herencia más que en preservar la salud. Para el creyente en su tramo final, la fortaleza ya no se mide por la velocidad de sus piernas o la fuerza de sus brazos, sino por el peso del espíritu y la claridad de la visión, fija en el peso eterno de gloria. Cuando adoptas esta perspectiva, notarás que tu edad avanzada no es una etapa de desaparecer en el fondo, sino el punto máximo de tu autoridad espiritual. Estás avanzando hacia uno de los mayores desafíos de tu vida con los mayores recursos de tu alma para defender la causa más importante de este mundo.

Dame, pues, la región montañosa: la valentía de un hombre de 85 años

En Josué 14, hallamos una escena que rompe con todos los estereotipos modernos de jubilación. Los israelitas habían entrado

GUÍA DE CAMPO

a la Tierra Prometida y finalmente estaban dividiendo el territorio. Caleb, uno de los doce exploradores originales cuarenta y cinco años atrás, estaba de pie frente a Josué. No le pidió un lugar en un valle pacífico donde descansar su cuerpo. No le pidió una parcela de tierra limpia y segura. En cambio, señaló un pico escarpado y fortificado habitado por los aterradores anaquitas, los gigantes que habían aterrorizado a la generación anterior y habían hecho que deambulara durante cuarenta años (de aquí saldría Goliat cientos de años más tarde).

La declaración de Caleb es una de las afirmaciones más desafiantes de las Escrituras: «Y todavía mantengo la misma fortaleza que tenía el día en que Moisés me envió. Para la batalla tengo las mismas energías que tenía entonces. Dame, pues, la región montañosa que el Señor me prometió en esa ocasión» (Jos 14:11-12). A sus ochenta y cinco años, Caleb no pidió un apartamento: pidió un campo de batalla. Comprendió que las promesas de Dios no tienen fecha de vencimiento, y que la fuerza divina a menudo se hace más evidente cuanto más se pone a prueba el cuerpo físico. No estaba siendo temerario; estaba siendo fiel. Sabía que, si Dios estaba con él, los gigantes de la montaña eran irrelevantes.

Para los cristianos modernos, «Dame la región montañosa» es un llamado a rechazar el «estilo de vida de apartamento» del alma. Puede que tu montaña no sea literalmente una colina en Canaán, pero es esa tarea difícil y desafiante que Dios reservó para tus últimas décadas. Puede que sea restaurar una familia rota, lanzar un nuevo ministerio o trabajar con persistencia en una comunidad que casi todos abandonaron. La fortaleza de Caleb aumentó con la edad porque se centró en el Dios eterno. Cuando decides que no terminaste de luchar por el Reino, te levantas y hallas un nuevo aliento que el mundo no puede explicar. No solo estás sobreviviendo a la última vuelta; estás conquistando las alturas con una perseverancia que proviene del Espíritu.

El poder de la mentoría espiritual: la honrosa corona como faro

Si el primer aspecto de la mentalidad de Caleb es la conquista personal, el segundo es la transferencia intencional de sabiduría. En los versículos bíblicos sobre la vejez, las canas se describen como una «honrosa corona» cuando se hallan en el camino de la justicia. Este no es solo un cumplido poético; es una descripción

GUÍA DE CAMPO

de autoridad espiritual. En el Reino de Dios, tus años de experiencia son una forma especializada de capital que debe ser invertido en la generación venidera. Eres una «biblioteca viva» de la fidelidad de Dios, y tu acto más generoso es hacer esa biblioteca accesible para quienes estén teniendo dificultades en medio de su desierto.

La mentoría espiritual es el proceso de convertir tus «cicatrices» en «signos» para otros. Las generaciones más jóvenes a menudo están paralizadas por la «tiranía del presente»: el sentimiento de que cada crisis cultural o fracaso personal es un suceso terminal. Como anciano, puedes brindar la fuerza estabilizadora de la historia. Puedes mirar a un líder joven a los ojos y decirle: «Ya he visto antes colapsos económicos y crisis culturales, y vi cómo Dios libró a su pueblo en todas las ocasiones». Esta perspectiva es un faro en medio de la tormenta. Evita que las generaciones jóvenes se dejen llevar por el pánico o encallen en aguas poco profundas. Al compartir tu «perspectiva a largo plazo» de la providencia y demostrar cómo mantener la fe, les estás regalando resiliencia espiritual.

Este trabajo de mentoría requiere un cambio en tu autopercepción. Tienes que dejar de verte a ti mismo como alguien «pasado de moda» y comenzar a verte como alguien esencial. Puede que los jóvenes tecnológicos sepan cómo usar el software de vanguardia, pero no saben cómo afrontar las complejidades del corazón humano, del duelo o los matices de la fidelidad a largo plazo. La importancia del corazón humano —la capacidad y el deseo de hacer elecciones piadosas y la experiencia de hacerlo a lo largo del tiempo— es invaluable. Ese es tu territorio. Cuando actúas como mentor, no solo estás dando consejos; estás formando un espíritu. Estás modelando cómo confiar en Dios cuando las respuestas tardan en llegar. Esta es la manera definitiva de construir un legado. Te estás asegurando de que, cuando cruces la meta, docenas de personas podrán correr mejor gracias a que pasaron tiempo bajo tu guía.

Sostener tu vida de oración: la obra productiva de la intercesión

El tercer pilar de la mentalidad de Caleb es reconocer que tus años más «productivos» podrían ser los que pasas en el silencio de tu hogar. Mientras la actividad física disminuye de forma natural, la capacidad de practicar la actividad espiritual —específicamente la

GUÍA DE CAMPO

labor de intercesión— puede expandirse, brindando una forma de encontrar propósito en la vejez. En la economía del mundo, la «productividad» se mide según la producción visible y las horas facturables. En la economía de Dios, el «trabajo» más importante a menudo se lleva a cabo en el lugar secreto de la oración. Un jubilado que comprende la mentalidad de Caleb no ve sus horas extras como un vacío que llenar con entretenimiento, sino como un llamado vocacional al «ministerio de la intercesión».

La oración intercesora es el «motor oculto» de la Iglesia. Mientras los miembros más jóvenes del Cuerpo están ocupados con «las manos y los pies» del ministerio —organizar programas, dar clases y servir a la comunidad—, los ancianos son llamados a brindar la «cobertura espiritual» por medio de la oración, una parte vital de envejecer con gracia. Este es un trabajo riguroso. Implica presentar las necesidades de los demás ante Dios, aferrándose a sus promesas de forma consistente, enfocada y apasionada. Tienes la posibilidad de hacer lo que la madre joven agobiada o el profesional agotado no pueden hacer: puedes tomarte el tiempo. Puedes permanecer en la presencia de Dios hasta que la «paz que sobrepasa todo entendimiento» comienza a derramarse sobre las situaciones por las que estás orando.

Una vida de oración vibrante en la vejez es la prueba definitiva de resistencia espiritual. Es sencillo orar cuando eres joven y todo es nuevo; es un trabajo arduo orar cuando has vivido la corrupción del mundo durante ochenta años y sigues creyendo que Dios escucha y contesta. Al dedicar tus últimas etapas a la intercesión, te estás convirtiendo en una «central eléctrica» espiritual para tu familia y tu iglesia. Eres quien permanece despierto durante la noche para cuidar el rebaño. Tú eres quien, con tu «lucha» en el espíritu, abre puertas que el esfuerzo humano nunca podría abrir. Este no es un ministerio «de segunda»; es el pináculo del servicio espiritual. Es el trabajo que recibirá la mayoría de los «bien hecho» cuando se lleve a cabo la auditoría final.

El fuego cada vez más intenso

La mentalidad de Caleb nos recuerda que no podemos «jubilarnos» de la imagen de Dios. Eres un ser relacional lleno de propósito que fue diseñado para crecer cada vez más en la gloria hasta el final. La aparición de las canas y la lentitud de tus pasos no son señales para rendirte. Son invitaciones para envejecer con

GUÍA DE CAMPO

dignidad y con una fortaleza más profunda. Es una fortaleza que ya no depende de la «adrenalina de la carne», sino que está impulsada por la «gracia inagotable del Espíritu».

Si estás hoy en el tramo final, no te dejes seducir por la idea de que tus mejores días quedaron atrás. Observa la montaña. Observa los gigantes. Luego, observa al Dios que nunca faltó a su palabra. Elige ser un faro para los jóvenes y un guerrero en el lugar secreto de la oración. Como Caleb, deja que tu última declaración sea una de ambición santa. No estás simplemente esperando el final; estás avanzando hacia la herencia. La montaña que reclames hoy será el suelo que otros pisen mañana.

4

ENFRENTAR EL ENEMIGO FINAL

Una perspectiva cristiana de la muerte

A medida que se empieza a vislumbrar la meta, el corredor debe confrontar el obstáculo que no puede evitarse, ignorarse o negociarse. La muerte era algo común en las generaciones de antaño; no solo para los ancianos, sino para personas de todas las edades. Sin embargo, en nuestro mundo moderno, nos volvimos muy eficientes a la hora de edulcorar el final de la vida. Lo ocultamos tras las cortinas estériles de los cuartos de hospital, separándolo del concepto de morir con dignidad. Usamos eufemismos para evitar la dura realidad de nuestra mortalidad y el miedo a envejecer. No obstante, para quien corre la última vuelta con una perspectiva del Reino, la muerte no es un abismo oscuro al que temer, sino el último obstáculo antes del abrazo definitivo. Es el último enemigo, sí, pero es uno que ya fue vencido. Es por eso que Pablo puede gritar: «¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón?».

Enfrentar esta última vuelta requiere cambiar el instinto de autopreservación por una postura de preparación. En ese momento, la teología deja de ser un conjunto de ideas que analizar y se convierte en el aire que respiramos. Para terminar bien la carrera, debemos mirar directamente la realidad de nuestra muerte y encontrar paz al final de la vida, no mediante el estoicismo del mundo, sino con la esperanza radiante de quienes conocen a Aquel que tiene las llaves de la muerte y sus dominios. Es aquí donde la carrera alcanza su conclusión más intensa y hermosa.

La muerte perdió su aguijón: esperanza en la resurrección

El mayor triunfo de la fe cristiana es darse cuenta de que la tumba no es un callejón sin salida, sino una puerta de entrada. Dado que Cristo emergió de la tumba, la naturaleza de la muerte cambió de

GUÍA DE CAMPO

forma permanente para los cristianos. Perdió su veneno. Si bien el cuerpo físico sucumbirá ante las leyes de la entropía, el alma está anclada en una resurrección segura. Enfrentar tu propia mortalidad sin miedo no se trata de tener «fuerza interior», sino de la realidad externa de la tumba vacía.

Cuando te das cuenta de que tu vida está escondida con Cristo en Dios, el final cercano pierde su capacidad de paralizarte. Puedes comenzar a considerar tus últimos días como una «reubicación santa». Esta perspectiva te permite abordar tu deterioro con una confianza silenciosa que desconcierta al mundo. No estás perdiendo tu vida; finalmente estás llegando a su plenitud. Al anclarte en la resurrección, puedes atravesar la transición de este mundo al siguiente con un sentido de curiosidad, paz e incluso expectación. No eres una víctima del tiempo; eres un heredero de la eternidad que espera la llamada a la casa del Padre.

La mayordomía del sufrimiento: honrar a Dios en el debilitamiento

Tal vez el aspecto más difícil del último tramo es la realidad física del deterioro del cuerpo. Para muchos, el «enemigo final» no llega de repente, sino a lo largo de un proceso extenso y agotador de debilitamiento. El sufrimiento es una forma especializada de mayordomía para la cual rara vez nos ofrecemos como voluntarios. Sin embargo, es el lugar en el que a menudo podemos ver con más claridad la gracia de Dios. La manera en que lidiamos con nuestra pérdida de independencia, la aparición del dolor crónico y la disminución de nuestras capacidades es un testimonio profundo de cómo envejecer con gracia y de la realidad de nuestra fe.

Honrar a Dios en medio del sufrimiento requiere una dependencia sólida de la promesa de que su poder se perfecciona en la debilidad. Cuando «por fuera nos vamos desgastando, por dentro nos vamos renovando día tras día» (2 Co 4:16). Este no es un llamado a practicar el masoquismo ni a negar el dolor; es una invitación a reconocer que Cristo es suficiente en medio de las dificultades. Tu última tarea podría ser demostrarles a tu familia y a tus cuidadores cómo es confiar en Dios cuando el cuerpo está fallando. Si te niegas a sucumbir al rencor y eliges encontrar pequeñas misericordias todos los días, estarás predicando el evangelio sin decir una sola palabra. Tu debilidad se convierte en

el lienzo sobre el cual la fuerza del Espíritu pinta con mayor vivacidad.

Últimas palabras y últimos actos: dejar un legado espiritual

El último acto de mayordomía es la intención con la que dejamos este mundo. A menudo nos pasamos mucho tiempo planificando nuestro legado financiero, pero solemos ignorar al «legado espiritual» que les dejaremos a nuestros hijos y nietos. Tus últimas palabras y actos tienen un peso que nunca hubieses podido tener en tu juventud. Este es el momento en que debes ser explícito en cuanto a tu fuente de esperanza. Es momento de transmitir el «por qué» de tu vida, no solo el «qué».

«Cada generación celebrará tus obras y proclamará tus proezas» (Sal 145:4).

Dejar un legado espiritual implica «ser una señal» para los demás hasta el final. Esto podría incluir escribir cartas a tus nietos detallando las formas específicas en las que viste la fidelidad de Dios en tu vida. Podría ser elegir los himnos y los pasajes bíblicos para tu funeral, para que el evangelio sea lo último que escuchen las personas en relación con tu nombre. Construir un legado de forma práctica significa asegurarte de que tu partida conduzca a los demás hacia el Salvador, no hacia tu ausencia. Al ser intencional con tus últimos actos, estás ofreciendo un mapa para quienes tengan que recorrer el mismo camino más adelante. Les estás mostrando que, para un cristiano, el final de la carrera no es una tragedia, sino un triunfo.

El portal a casa

Enfrentar al enemigo final es la prueba definitiva de la mentalidad de Caleb. Es el momento en el que decimos que no seremos conquistados por la muerte, sino que la venceremos por medio de la sangre del Cordero. Cuando estés de pie en el portal, recuerda que no te extinguirás; cruzarás el umbral. La carrera casi finaliza, y Aquel que te acompañó en cada paso ya te está esperando en la meta con una corona que nunca desaparecerá. Sé valiente. La noche casi se termina, y el amanecer está más cerca de lo que crees.

5

LA VISTA DESDE LA META

La recompensa de los fieles

A medida que damos los últimos pasos y el sonido del mundo comienza a desaparecer, la perspectiva del corredor alcanza una última expansión gloriosa. A lo largo de la carrera, nos enfocamos en la resistencia: en superar las espinas del rencor, el ídolo del ocio y el miedo a la irrelevancia. Sin embargo, en la meta, el «por qué» del camino finalmente eclipsa al «cómo». Nos damos cuenta de que no solo nos alejábamos de las sombras de este mundo. Estábamos corriendo hacia una luz que hace que cada cicatriz y cada kilómetro valga la pena.

La corona de justicia: enfrentar al Salvador

En el ocaso de su vida, el apóstol Pablo mencionó una «corona de justicia» que estaba preparada para él. Para nuestros oídos modernos, esto suena como un trofeo para exhibición. Pablo está usando como metáfora la corona (o guirnalda) de honor que se les daba a los ganadores en los antiguos juegos olímpicos. Sin embargo, la realidad bíblica es mucho más íntima. En el Reino, la recompensa por una vida de fidelidad no es un reloj de oro ni un monumento a nuestro propio éxito; es la persona de Jesucristo. Él es tu justicia. Esto te fue reservado desde el momento en que confiaste en Jesús y Dios te justificó. No obstante, en tu glorificación, esa corona que te fue guardada será puesta en tu cabeza por el Señor y Juez justo. Esto les espera a todos los que aman su venida.

Estamos corriendo hacia un Rostro, no solo hacia un lugar. El «bien hecho» del Maestro es la validación definitiva de nuestra mayordomía. Cuando lo veamos, el cansancio de la última vuelta se desvanecerá en un instante. La recompensa es la restauración

de todo lo que se perdió y el cumplimiento de cada deseo que la «divisa antigua» de este mundo nunca pudo comprar. Resistimos hasta el final porque el Premio es la presencia del que nos amó primero.

La Nueva Jerusalén: un horizonte eterno

Vivir con una perspectiva eterna en tu vejez significa cambiar radicalmente en dónde tienes puesta tu mirada. La tendencia natural de envejecer es mirar hacia atrás: tener nostalgia por los «viejos tiempos» o pensar en los errores del pasado. Incluso Eclesiastés, que se enfoca más en la vida «bajo el sol», nos aconseja no preguntarnos «por qué todo tiempo pasado fue mejor» (7:10). En cambio, a medida que se acerca la Nueva Jerusalén, los creyentes somos llamados a mirar hacia adelante con mayor anticipación.

Cuanto más te acercas al final de tu viaje terrenal, más debería cautivarte la realidad de la Nueva Ciudad. Esto no es escapismo; es preparación. Al enfocarnos en la permanencia del Reino de Dios, las pérdidas temporales de la vejez —la pérdida de la salud, el estatus o la independencia— pierden su capacidad de afectarnos. Somos como viajeros que pueden ver las luces de su hogar por la ventana del tren. La incomodidad del asiento ya no nos importa porque el destino está a la vista.

Descanso para los agobiados: trabajo que perdura

La última promesa para el corredor fiel es la seguridad del descanso, que no se trata del descanso vacío del «ídolo del ocio», sino del descanso profundo y satisfactorio para el alma de una misión completada. Las Escrituras nos recuerdan que el «trabajo en el Señor no es en vano» (1 Co 15:58). Cada oración susurrada en la oscuridad, cada joven al que guiaste y cada acto de generosidad realizado con un ingreso fijo fue registrado en los libros del cielo.

No solo te detienes; serás recibido. Las articulaciones y el corazón cansados están a punto de ser cambiados por una fortaleza que nunca se desvanece. Cuando cruzass la meta, dejas atrás la carga de la persistencia y abrazas la alegría de la herencia. La carrera terminó, pero la fe se mantuvo, y el Señor está de pie con los brazos abiertos.



CONCLUSIÓN: LA MANO TENDIDA

La vida cristiana suele compararse con una maratón, y por un buen motivo. Se necesita un compromiso sostenido y agotador que pone a prueba cada fibra de nuestra determinación espiritual y emocional. Sin embargo, hay una diferencia fundamental entre una carrera secular y la que corremos para el Reino. En las maratones del mundo, la gloria pertenece a quien posea la mayor fuerza de voluntad. En el Reino, la gloria pertenece a Aquel que nos levanta cuando nuestra voluntad nos falla.

Hay una historia famosa de un corredor olímpico que, a mitad de su carrera de 400 metros, se rompió el tendón isquiotibial y se desplomó en la pista. Su sueño de ganar una medalla se evaporó en ese momento de agonía. Comenzó a arrastrarse con dificultad, cuando de pronto un hombre saltó las barreras de seguridad, se agachó y lo ayudó a incorporarse. Era su padre. Tomándose de su hombro, el corredor cojeó hasta la meta junto a él. El padre no solo quería que su hijo finalizara la carrera; quería ser quien lo sostuviera en medio de su dolor.

Cristo, quien nos sostiene

Esta es la verdadera teología de la meta. Incluso en nuestros «últimos metros» —cuando estamos tratando de ser mentores, tratando de orar y tratando de mantener el corazón blando a pesar de las espinas— es Cristo quien nos sostiene. Terminar bien la carrera no se trata de la fortaleza del corredor, sino de la fidelidad del Salvador. Cuando tus articulaciones se endurezcan y tu espíritu se sienta agobiado por el peso de una vida de decepciones,

GUÍA DE CAMPO

recuerda que el Señor no está parado lejos sosteniendo un cronómetro. Él es el Padre que salta sobre la barrera para sostenerte hasta la meta.

Retirarse de un trabajo es un final, pero en el contexto del envejecimiento en la Biblia, esos últimos años son el comienzo de un profundo legado. No estás terminando la carrera a la deriva; estás siendo impulsado hacia un destino. Tu carrera importa porque es un testimonio ante el mundo de que el Dios que te sostuvo en el amanecer de tu vida es mucho más que suficiente en el ocaso.



El doctor **RICHARD JOHN PERHAI** se desempeña como vicepresidente y decano de Estudios Académicos del Seminario Teológico de Kiev, donde es profesor de Biblia y Teología desde 2003. Tiene un doctorado magna cum laude en Teología Sistemática por el Seminario Bíblico Bautista, y un doctorado en Exposición Bíblica por el Seminario Teológico de Dallas. Es autor de La teoría de la Escuela de Antioquía en los escritos de Teodoro de Mopsuestia y Teodoreto de Ciro (Fortress Press, 2015).

El doctor **LARRY OATS** es un veterano profesor de Biblia y exdecano del Seminario Bautista Maranatha (2009-2019), con más de 40 años de servicio en la Universidad Bautista Maranatha, en Watertown (Wisconsin). Graduado de dicha universidad, tiene un doctorado en Teología Sistemática y se especializa en fundamentalismo e historia bautista.

